

Homilía con ocasión de la Misa con los Obispos chilenos
Catedral de Santiago, 31 julio 2025
(Mt 9,35-10,1)

Queridos hermanos en el episcopado,
Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Es una gran alegría celebrar esta Santa Eucaristía con todos ustedes en esta hermosa Catedral dedicada a Nuestra Señora del Carmen. Esta es mi primera celebración oficial de la Eucaristía con todos los obispos de Chile, a quienes realmente aprecio y respeto por su extraordinario y dedicado servicio a la Iglesia y al pueblo de Chile. Están aquí después de tres días de retiro, donde dedicaron su tiempo a una intensa oración y meditación.

Como han visto, presenté mi Carta de Comendaticia a S.E. Mons. René Rebolledo, Presidente de la Conferencia Episcopal, como signo del vínculo entre el Santo Padre y la Iglesia Católica en Chile. Mi presencia aquí es para facilitar y ayudar este vínculo. Por eso el Santo Padre me recomendó vivamente trabajar en estrecha colaboración con los obispos y estar muy cerca al pueblo chileno. De hecho, el Papa León XIV me pidió que transmitiera al pueblo de Chile su afecto, su cercanía y su solicitud.

El pasaje evangélico que hemos escuchado hoy nos ofrece un inmenso material para nuestra meditación y reflexión. Estas son palabras de Jesús dirigidas a sus Apóstoles. Podría decir que, hoy, estas mismas palabras de Jesús se dirigen a nosotros, obispos, sucesores de los apóstoles, a veces provocando nuestra conciencia y planteándonos un gran desafío.

Queridos hermanos y hermanas, en pocas palabras San Mateo describe los puntos centrales de la actividad misionera de Jesús: ¿Cuáles son estas actividades?

La primera: Recorrer todas las ciudades y aldeas. Vemos que Jesús no espera a que la gente venga hasta él, sino que él mismo va en busca de la gente, recorriendo todas las ciudades y poblados. ¿No es una invitación para que vayamos en busca de nuestro pueblo? Pueden ser pobres, enfermos, abandonados y marginados; pueden ser personas que tienen problemas con la

Iglesia debido a algún malentendido; pueden ser personas que se alejaron de la Iglesia debido a algunas palabras duras o acciones inaceptables de nuestra parte. Creo que nosotros, que tenemos a Jesucristo, el Buen Pastor, como modelo y mentor, debemos imitarlo en nuestra vida pastoral también y estar dispuestos a trabajar más cerca de nuestro pueblo.

La segunda es: Enseñar en las sinagogas: Enseñar es nuestra misión. Jesús va donde la gente se reúne en torno a su fe en Dios. Es allí donde proclama la Buena Nueva de Dios. Yo creo que esto nos invita a reflexionar sobre si nuestras enseñanzas se centran en Dios o en otra cosa. Como Obispos y líderes de la Iglesia, deberíamos hablar más de Jesús.

El problema surge cuando nos implicamos en la política, en la economía mundial, en los asuntos internacionales, etc, **más** que en la realidad eclesial en la que vivimos y somos llamados a servir. No niego nuestra responsabilidad de comprometernos con estos temas, iluminándolos con el Evangelio. Nosotros deberíamos ser expertos en la palabra de Dios, en la cura del alma, expertos en la escucha de nuestros sacerdotes y fieles, que el Santo Padre nos ha encomendado cuando nos llamó al ministerio episcopal. Deberíamos ser maestros en presentar a Jesús. Deberíamos guiar a la gente sobre cómo encontrar a Dios y experimentarlo en su vida diaria.

La tercera es: Curar todo tipo de dolencia y enfermedad. Lo que más marcaba la vida de los pobres era cualquier tipo de enfermedad, y lo que más marcó la actividad de Jesús fue consolar a la gente, aliviar su dolor. A lo largo de la Biblia vemos que Jesús estaba muy cerca de los pobres y los enfermos y los cuidaba. Él podía llorar con los que lloran, podía reír con los que ríen. Creo que esto es exactamente lo que debemos hacer. Estoy seguro de que en nuestras diócesis y parroquias estamos totalmente comprometidos en ayudar a la gente lo mejor que podemos. Una mano solidaria en momentos de desesperación es lo mejor que podemos hacer.

Para hacer esto necesitamos tener la compasión de Jesucristo. En el evangelio hemos escuchado: “Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor”. Jesús acoge a las personas tal como se encuentran ante él: dolientes, abatidas, cansadas. Siempre estuvo listo para consolar a la gente que sufría.

Queridos Obispos, queridos hermanos y hermanas, esta mirada de Jesús no es superficial: es una mirada que toca el corazón, que siente el dolor del

pueblo y que se conmueve ante su fragilidad. Después de años marcados por el sufrimiento, muchas personas, en nuestra Iglesia en Chile, se han sentido desorientadas. Ante esta realidad, el primer paso debe ser evangélico: recuperar la capacidad de mirar como Cristo mira, con compasión sincera, sin defensas, sin filtros, sin miedo a la verdad. Solo desde esa cercanía humilde podremos volver a ser pastores con olor a oveja, capaces de caminar con nuestro pueblo en sus gozos y en sus heridas. En nuestros encuentros personales, he aprendido cuántos de ustedes están desempeñando el ministerio episcopal con esta mirada de Jesús. ¡Muchas gracias!

Al leer los versículos 37-38, vemos que Jesús incluye a los discípulos en la misión. Ante la inmensidad de la tarea misionera, lo primero que Jesús les pide es orar: «La mies es mucha, pero los obreros pocos. Ruegan, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies». La oración es la primera forma de compromiso de los discípulos con la misión.

Hoy también nos preocupan muchos asuntos en la Iglesia; nos preocupa mucho la ausencia de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. ¿Qué podemos hacer al respecto? Por supuesto, debemos tomar las medidas necesarias para animar a los jóvenes a esta vocación. Pero creo que lo más importante es la oración continua: la oración en las familias, la oración en las parroquias, y más que nunca animar a nuestros primeros colaboradores, los sacerdotes, a ser testigos vivientes del Evangelio. Animarlos, guiarlos, cuidarlos.

Como nos recordó recientemente el Santo Padre León XIV: “El Señor nos escucha siempre cuando rezamos, y si a veces nos responde con tiempos y modos difíciles de comprender, es porque obra con una sabiduría y una providencia mayores, que van más allá de nuestra comprensión. Por eso, aun en esos momentos, no dejemos de rezar con confianza, en Él encontraremos siempre luz y fortaleza.” Tenemos que seguir rezando sin perder la esperanza.

Queridos hermanos y hermanas, el Jubileo convocado por el Papa Francisco nos anima a reavivar la esperanza en nosotros y en quienes nos han sido confiados. Con el testimonio de una vida evangélica, la Iglesia puede sanar y transformar los corazones. No tengamos miedo de salir, de ensuciarnos las manos, de equivocarnos si es por seguir a Cristo. Los mártires no tuvieron miedo de perder la vida por anunciar el Evangelio. Que el pueblo, al mirarnos, vea a Cristo; y al oírnos, escuche su Evangelio.

Que Nuestro Señor Jesucristo, por la intercesión de Nuestra Señora del Carmen, Madre y Reina de Chile, de Santa Teresa de Los Andes y San Alberto Hurtado, nos ayude a ser su pueblo escogido para traer luz a este mundo que sufre tantas guerras y destrucciones dolorosas. Que nos pongamos generosamente a disposición del Señor para llevar paz y alegría a todos: a nuestro País, a nuestro Diócesis, parroquias, familias, escuelas, lugares de trabajo, etc., y caminemos juntos con nuestra fe en Jesucristo ¡Que así sea!